

# 9 SOBRE EL SENTIDO Y EL EJERCICIO DE LA CIUDADANÍA

DOI: 10.22199/S07198175.2010.0002.00009

Sergio ROMERO

## Resumen

Hoy el término 'ciudadanía' ha perdido de su fuerza. En esta palabra están implícitos el territorio y la responsabilidad hacia los demás. Según Aristóteles, el ciudadano es aquel que es capaz de gobernar y ser gobernado. El individualismo modernista obliga a repensar la democracia. Hay que recordar a Pericles: si quieren ser libres, hay que trabajar.

**Palabras claves:** ciudadanía – democracia – modernismo – Aristóteles – Estado.

## ON THE MEANING AND THE EXERCISE OF CITIZENSHIP

### Abstract

The Word "citizenship" has lost strength today. In this word is implicit the idea or territory and responsibility toward the others. According to Aristotle, citizenship is the one who is able to rule and to be ruled. The modern individualism is forcing us to re think democracy. We have to remember what Pericles said: if you want to be free, must work.

**Keywords:** citizenship – democracy – modernism – Aristotle – State.

*“...el ciudadano no lo es por habitar en un lugar”  
Aristóteles, Política*

## **1. La palabra: Ciudadanía**

**E**ste artículo pretende aportar a la reflexión acerca de la ciudadanía, su ejercicio y sentido, extrayendo algunos aspectos iniciales desde la Grecia antigua. Desde allí daremos un paso hacia nuestra época, señalando ciertos problemas propios de su devenir.

La palabra ciudadanía es utilizada profusamente, sobre todo en el discurso institucionalizante. Mas parece que, cuando se cita demasiado un término, corre el peligro de vaciarse de sentido y en este caso particular puede llevarnos a confundir su concepto con un modo de ser relativo a las buenas costumbres y al cumplimiento de lo requerido por parte del espectáculo cotidiano, ligado a conductas promovidas por el Estado, tales como el cumplimiento de las normas del tránsito. De ese comportamiento no hablaremos aquí. Tampoco de la validez cívica a partir de requisitos formales tales como la mayoría de edad.

## **2. El territorio**

Si bien la polis griega tradicionalmente es considerada un espacio físico arquitectónico, el territorio de la ciudadanía se trata más bien de un ámbito psicosocial creado por la memoria organizada, constitutiva de permanencia y perdurabilidad, matriz en que coexisten quienes pretenden llevar un orden para las cosas humanas, las que deben ser vistas y oídas públicamente. La reflexión griega abre históricamente la interrogación sobre la condición humana al preguntarse sobre sí en cuanto colectividad y en cuanto individuo. Ambas indagaciones son sociales.

El territorio de la ciudadanía corresponderá entonces al ámbito de discusión de los asuntos humanos bajo la óptica relativa a la coordinación de lo público. Es el espacio de discusión donde se dirimen los asuntos del vivir cotidiano colectivo, en que priman la validez de la racionalidad como criterio imperativo; la igualdad entre participantes y la disposición a la búsqueda de la justicia.

### **3. Lo político y la política**

Desde su nacimiento el ser humano está sumido en la influencia de la sociedad e historia de la que resulta. Cornelius Castoriadis dirá que confronta con un mundo, pero no “un mundo cualquiera o el mundo sin más”, si no “un mundo social-histórico, modelado por su institución y que contiene, de forma indescriptible, innumerables transformados de la historia precedente”. Además están los poderes explícitos, creación humana que responden a la necesidad de resguardo de situaciones amenazantes como la presencia del mundo pre-social; la imposible completa socialización sobre la psique de los individuos; otras sociedades que pusieran en peligro el sentido de una sociedad determinada; el desarrollo temporal con impulso al futuro que requiere tomar un orden de decisiones. Este poder explícito garantiza el monopolio de las significaciones legítimas y legitimantes. Constituye *lo político*.

Históricamente se han desviado los orígenes de la institución atribuyéndola a causas extra sociales. Pero en un momento en Grecia va a ocurrir un quiebre que “se expresa mediante la creación de *la política* y la filosofía (la reflexión). Política: cuestionamiento de las instituciones establecidas. Filosofía: cuestionamiento de los *idola tribus*, de las representaciones admitidas colectivamente”.

### **4. ¿Quién es el ciudadano?**

Aristóteles dice que es aquél “que es capaz de gobernar y de ser gobernado”. Para Hannah Arendt, es quien se caracteriza por su participación activa en los asuntos humanos, en la codirigencia en lo que corresponde a la ciudad.

La ciudadanía implica necesariamente visibilizarse por cuanto su poder emana del espacio visible de la asamblea y se constituye a través de la persuasión, en el convencimiento respecto del valor de la discusión argumentativa, es decir, en el ejercicio de la racionalidad engendrado por la palabra en común, la que revelando la realidad le confiere sentido al mundo. Los griegos fundan así una forma

de acción política, pero además son los que primero piensan y llevan a cabo las condiciones posibilitadoras de la experiencia ciudadana.

### **5. El paso a la modernidad**

En la modernidad el espacio público es invadido por la “sociedad”, una nueva categoría. El Estado se convierte en herramienta de protección de la forma de vida y propiedades de aquel que podemos llamar ciudadano burgués, el cual aspira a una vida feliz en el sentido meramente individual bajo el supuesto de que el aislamiento cotidiano es responsabilidad personal. Así, la acción política, de comunitaria pasa definitivamente a ser monopolizada por el Estado, el que tendrá como deber “garantizar la libertad de la sociedad tanto en el exterior como en el interior, incluso por medio de la violencia”, pero paradójicamente, si bien defendería al ciudadano, este último también tendría que defenderse de su defensor, siendo una de las actividades políticas máximas el limitar a la autoridad y su monopolio de la fuerza.

### **6. Tres situaciones**

Señalaremos tres aspectos distorsionantes y desintegradores de la experiencia de la democracia moderna. El primero resulta de una situación de ambigüedad –estructural diríamos nosotros-, que tensiona la totalidad del fenómeno político. Los dos siguientes, producto de las condiciones de sentido a que nos ha llevado el devenir de la modernidad.

La primera situación parece agudizarse a partir del pensamiento individualista moderno y su exacerbación: la corrupción política. El ejercicio fundamental de esta democracia se expresa en la elección y delegación de representantes, la que no asegura contra la desviación de abuso de poder. Aún en el caso poco común del procedimiento de la revocabilidad, siendo esta posterior en su acción, permite un amplio margen desde lo a veces imperceptible e inconsciente si se quiere, hasta el descaro. Es algo con lo que hay que contar. Dice Bourdieu: “la usurpación está en estado potencial en la delegación”.

El filósofo Enrique Dussel en Veinte Tesis sobre Política, señala como problema originario de la corrupción lo que llama “fetichismo del poder”, el cual “consiste en que el actor político (los miembros de la comunidad política, sea ciudadano o representante) cree poder afirmar a su propia subjetividad o a la institución en la

que cumple alguna función (de allí que pueda denominarse “funcionario”) –sea presidente, diputado, juez, gobernador, militar, policía- como la sede o la fuente del poder político”. Su desviación: El ignorar “como referencia primera y última al poder de la comunidad política... el no referir, el aislar, el cortar la relación del ejercicio delegado del poder determinado de cada institución política con el poder político de la comunidad, o pueblo, absolutiza, fetichiza, corrompe el ejercicio del poder del representante en cualquier función” y su doble faz: Un gobernante que se siente el poder y aquellos que le permiten tal ilusión, los que son serviles en vez de constructores en lo político.

En lo que corresponde a los problemas siguientes, Paul Ricoeur, en un pequeño librito de 1975, “Poder y Conflicto”, en su texto titulado “El Conflicto: ¿Signo de contradicción y unidad?”, nos da pistas para este tiempo presente.

### **7. Disidencia y orden.**

Respecto de la democracia en cuanto proyecto colectivo, Ricoeur percibe “un fenómeno de agotamiento”, una ausencia que “se conjuga con el oscurecimiento de las normas”. De esta situación cargada de violencia Ricoeur extrae una implicancia que se polariza en lo que él llama “ilusiones de la disidencia” y “tentaciones del orden”. En el primer aspecto, toda autoridad e institución “parecen un bloque indivisible de poder y represión”. Junto a esto la eliminación de la palabra en cuanto esclavizada por el poder, abre horizonte a la violencia muda. Principalmente los jóvenes, germen de ciudadanía, se constituyen en disidencia en medio de disidentes. En el palco, el público televisivo observa “el colorido externo: vestidos, costumbres, nomadismo y anticultura, en una palabra, un rostro a la vez tierno y agresivo”.

Frente al aparente caos y en la necesidad de proteger la privacidad, aparece otro polo que “esencialmente reactivo, se nutre de miedo y de odio”. Si trasladamos esta situación a nuestros días podemos ver que tal sensación de inseguridad y de desconfianza del uno por el otro, recorre toda la columna vertebral de la sociedad “como si quienes atravesaron la frontera de la abundancia considerasen toda ventaja social como una adquisición amenazada por el menor signo de recesión y que debe ser defendida de la capa social inmediatamente inferior”. El hombre autocomprendido desde esta clave es “un sedentario sitiado o un naufrago en una isla llena de amenazas”, terreno para la tentación “erradicadora” de todo aquel que parece distinto.

### **8. El agotamiento de la democracia.**

Otra fuente de conflicto para Ricoeur es el agotamiento de la democracia representativa, señalando que el modelo de esta democracia, basado en la prevalencia de la mayoría sobre la minoría mediante elecciones libres “sólo conservó un valor progresivo y progresista mientras la mayoría representó la conjunción entre los explotados y la parte pensante de la opinión pública, ávida de cambio, libertad y justicia”. Sin embargo en este nuevo tiempo, la condición de sentido de esta democracia ha tenido un giro por el cual se desenmarca gran parte de la población, en especial la clase media, tendiendo a la identificación “con la defensa de lo adquirido y la resistencia al cambio”. Con esto ha comenzado a tomar cuerpo gran desconfianza respecto a esta democracia, de la cual se sospecha que salvaguarda la “libertad de palabra, de reunión, de publicación, para beneficio personal de quienes pueden hablar”. Una especie de fraude que lleva a no creer en sus procedimientos, vistos como formalidad vacía. “Todo sucede como si la tolerancia mutua entre hombres de palabras se convirtiesen subrepticamente en silencio ante la injusticia y ceguera con respecto a las situaciones de violencia”.

### **9. Crecimiento de la insignificancia.**

Lo anterior está en relación con dos fenómenos que describe Cornelius Castoriadis: el crecimiento de la insignificancia y la disolución de las grandes ideologías políticas. Los grandes temas que fueron causas políticas en el siglo XX parecen no interesar. Al retirarse este aspecto, los “políticos” pasan a tomar su lugar generando sensaciones de incapacidad: “los responsables políticos son impotentes. Lo único que pueden hacer es seguir la corriente, es decir, aplicar la política ultraliberal de moda”.

El segundo aspecto es la disolución de las grandes ideologías políticas. El enorme acontecimiento de la caída de la URSS y sus satélites en 1991, despertó al pensamiento de izquierda reformista o revolucionario dejándolo en la perplejidad sin constituir motivo de real autocrítica y reflexión profunda de qué pasó, por qué sucedió y sus implicancias.

### **10. ¿Qué hacer?**

Recordando el inicio de este artículo, respecto a la actual utilización profusa de la palabra ciudadanía, pareciera que el término está afectado por una para-

doja: su uso es común, sin embargo, su práctica se ve reducida y debilitada por condiciones restrictivas de la democracia moderna.

Estando así las cosas pareciera ser que habría que declarar - así como algunos han hecho con la filosofía, el hombre o dios- la muerte del ciudadano. Sin embargo, no hay que dejar de considerar que la ciudadanía, como la democracia, como la política, como la filosofía, son construcciones a partir de la vida social y si no nos dejamos llevar por la sumisión es posible pensar modos de desplegar el fundamento griego y las luchas que paulatinamente han abierto caminos de emancipación. Se puede porfiar en pensar lo político y la política y tal vez inspirados en la democracia ateniense, en la acción, constituyamos ciudadanía.

Junto a la inhibición y el cinismo político, en lo profundo está el deseo de lo infinito. Impulsos de lo que llamamos libertad, que cada cierto tiempo rebrotan y que vienen de la historia de un ser cuya urdimbre se ha hecho y puede hacerse tan sólo socialmente. Desde el comienzo de la historia de la idea de ciudadanía Castoriadis rescata la siguiente frase de Tucídides: “hay que elegir: descansar o ser libres”, también Pericles dice: “si quieren ser libres hay que trabajar”.

**Sergio Romero**

Mag. En Filosofía

Departamento de Teología – Coquimbo

Universidad Católica del Norte

sromero@ucn.cl